

MITOLOGÍA VAMPIROS

La sangre es vida



Javier Tapia

SERIE
MYTHOS

MITOLOGÍA VAMPIROS



JAVIER TAPIA

 Plutón
Ediciones

© Plutón Ediciones X, s. l., 2022

Diseño de cubierta y maquetación: Saul Rojas

Edita: Plutón Ediciones X, s. l.,

E-mail: contacto@plutonediciones.com

<http://www.plutonediciones.com>

Impreso en España / Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

I.S.B.N: 978-84-19087-53-9

*Para toda la familia
de Plutón Ediciones,
en agradecimiento eterno.*

PRÓLOGO:

¿EXISTEN LOS VAMPIROS?

Todo mito o leyenda tiene algo o mucho de fantasía, pero también tiene algo o mucho que ver con la realidad, con la metáfora, con la lectura entre líneas, con los misterios insondables del cosmos y de la naturaleza humana, e incluso con la denuncia y la crítica.

Los mitos forman parte de la milenaria tradición oral, cientos de miles de años antes de que apareciera la escritura.

La humanidad como la conocemos tiene entre 500 mil y 250 mil años de edad, y la escritura solo 6 mil años, es decir, es muy nueva en el pensamiento humano.

Que yo esté escribiendo ahora mismo es una especie de mágico milagro, casi vampírico, porque usted, que lo lee, puede absorberlo y entenderlo, y no solo puede absorberlo y entenderlo, sino que puede interpretarlo desde su edad, experiencia, cultura y forma de vida, y transmitirlo a otros seres como si de un contagio eterno se tratara.

La tradición oral ha tomado forma escrita, se ha convertido en conocimiento e incluso en ley que muchos toman por verdad, aunque solo sea mito, leyenda o imaginaria.

La letra escrita, la letra impresa, pesa y tiene valor más allá de su contenido: es mágica, seduce y transforma, como el mejor de los vampiros.

La letra escrita ha bebido la sangre de la tradición oral y la ha convertido en eterna, en vampiro que, tras la succión, se apila en las librerías y en las bibliotecas para no morir jamás.

Como los vampiros, los libros son eternos, no mueren nunca una vez escritos y publicados. Aunque, al igual que los vampiros, pueden ser destruidos, quemados, desintegrados y hasta olvidados sin que su esencia eterna desaparezca del todo, aunque se mantenga escondida en la oscuridad de un féretro, tanto en un cementerio como en un horrible castillo o en una simple biblioteca abandonada.

Si un libro “te muerde y bebe tu esencia” te transforma, te convierte en un nuevo ser; y cuando tú le das a conocer a otra persona el contenido del libro y lo incitas a leerlo le transmites la transformación que tú has

sufrido o gozado hasta el infinito.

Un libro, como un vampiro, puede permanecer ausente, escondido y olvidado, llenándose de polvo, humedad y telarañas en cualquier rincón; pero si alguien lo encuentra, lo abre y lo lee, recobra vida de inmediato y contagia al lector con su esencia.

Un libro, como un vampiro, puede ser liberador, pero también puede ser terrible.

Salvar y dar la vida eterna, o empujar al vacío y a la destrucción, o a la muerte.

Una reencarnación dentro de la encarnación sin pasar por el más allá.

Un cielo convertido en infierno o un averno celestial.

El cáliz del conocimiento y la vida eterna o la copa del veneno sepulcral.

La metáfora del vampiro, que mata a unos y transforma a otros en nuevos vampiros, se puede aplicar a la lectura y a los libros, y a muchas otras cosas, dándole sentido y una doble lectura que todo mito y leyenda tiene.



El murciélago vampiro que también bebe sangre humana

La mitología de los vampiros forma parte de la imaginación humana desde hace mucho tiempo, y permaneció dormida miles de años hasta que alguien —como Bram Stoker, por ejemplo— la sacó de su encierro y la dispersó por todo el mundo.

Los vampiros, esos seres no muertos y no vivos, humanos eternos y malditos, han inundado la literatura y las pantallas de cine y televisión en los últimos dos siglos, mitificando el mito e incrementando a leyenda desde diferentes perspectivas y con múltiples interpretaciones, como veremos más adelante. Adaptados a las diferentes personas y a las diferentes culturas, con virtudes y defectos diferentes en cada contexto, pero con una misma esencia: la atracción y la seducción del abismo, el anhelo de la eternidad y la transformación de los “contagiados”, que pretenden superar los límites que les han impuesto los dioses.



El poder de la eternidad

Por tanto, los vampiros existen de facto dentro del subconsciente colectivo, porque ¿quién más y quién menos no se siente atraído por el poder y la eternidad, por el contagio de lo increíble, lo diferente y lo magnífico que de una o de otra manera intenta transmitir a los demás?

Ser algo o alguien y estar en una visión gótica y romántica de la existencia. Existir, en una sola palabra.



Nosferatu, el primer vampiro filmico

Hay toda clase de vampiros y de vampiros, los que podemos ver en la naturaleza y los que forman parte de verdad de la mitología vampírica, la que veremos a continuación. También hay vampiros con los que podemos tropezar todos los días, verdaderos chupa sangre sin escrúpulos, humanoides repelentes en todos los sentidos. Sin embargo, algunos de ellos se sienten orgullosos de serlo porque son famosos, queridos, admirados y envidiados; casi humanos que habitan el mismo planeta que los murciélagos y los vampiros de todas clases y de todos tipos del reino animal, esos que beben tanto la sangre del ganado como se alimentan de insectos y frutos; grandes y pequeños, con rostro fiero o con rostro amable, comprendidos e incomprendidos, pero vampiros reales, al fin y al cabo.

Por lo tanto, preguntar si existen los vampiros es tanto como preguntar si existen los libros o si existe la esencia vampírica o la esencia del contenido de los textos e historias que viene en los libros, capaz de convertir y contagiar a los lectores.

INTRODUCCIÓN:

EL NACIMIENTO DE LOS VAMPIROS, O EL MAL COMO EJEMPLO INVERSO DEL BIEN

*“Me duele más que a ti,
y el dolor y el mal que te hago
al golpearte y corregirte,
al maltratarte y masacrarte,
lo hago con todo mi amor
y por tu más elevado bien.”*

FRASES POPULARES

La palabra *vampiro* nace en Serbia entre los siglos XVII y XVIII (*vampir*), se hace fuerte en Alemania y pasa al francés casi de inmediato (*vampire*) y al inglés.

Buena parte de los seguidores del tema piensan que proviene de la palabra albanesa *dhampir*, quizá derivada del mismo serbio, *vampir*, que significa “cadáver” o “fantasma”, pero que en un principio no estaba vinculada a beber sangre.

Un filólogo esloveno, Franz Miklosich, señala el origen de la palabra vampiro en el vocablo turco *uber*, “bruja”, que a su vez derivaría en *upior*, *uper* o *upyr*, que podría haber derivado en *upiro*.

En lituano beber se dice *wempti*, pero sangre se dice *kraujas*, lo que deja cojo su posible origen de “beber sangre”.

Montagne Summers, exorcista y párroco inglés, consideraba que la palabra vampiro provenía del griego: *πίνω*, *pinoo*, “beber”.

Y así muchas otras.

La verdad es que no se ponen de acuerdo porque nadie sabe a ciencia cierta de dónde viene la palabra vampiro, pero sus definiciones actuales en los diccionarios y en la red son las siguientes: ser que se alimenta de sangre, hematófago; persona vil que abusa de los más débiles; señora de la vida alegre (vampira, vampiresa); y hasta mamífero alado de vida nocturna que se alimenta de insectos, frutos y/o sangre animal o humana.

Vampiro, la encarnación del mal y del misterio, es un enigma filológico.

Hay verdades desconocidas.

Hay mentiras que parecen verdades.

Hay creencias que no se pueden demostrar, pero que tampoco se pueden

falsar.

Se puede mentir diciendo la verdad y se puede decir la verdad mintiendo, como sucede con las mitologías y las leyendas.

Tenemos el defecto o la virtud de poder hablar y, por lo tanto, la capacidad de mentir y engañar tanto como de manifestar la verdad, o lo que creemos que es verdad.

Imaginamos, creemos y creamos desde lo que se puede repetir y comprobar, a lo que llamamos ciencia, hasta lo que no se puede repetir ni comprobar, tanto lo fenomenológico como las supersticiones y las religiones.

Adoramos y repudiamos tanto al bien como al mal.

Nuestra vanidad es insaciable.

Queremos ser alguien o algo, tener una identidad que sea reconocida por nosotros mismos y por los demás.

Aspiramos al poder, incluso desde las posiciones más bajas de la sociedad, y nos arrogamos una superioridad moral de la cual carecemos.

Lo moralizamos todo y ponemos límites a todo, a sabiendas de que no podemos cumplir y que vamos a trasgredir la normas en cuanto nos sea posible o, sobre todo, si los límites son impuestos sobre nuestra biología o fisiología, como la sexualidad.

Por supuesto, somos hipócritas y fingimos que nos portamos bien, porque además somos cobardes y advenedizos, convenencieros y traicioneros, ladrones y asesinos, mentirosos y fraudulentos; nos aprovechamos del más débil y, a pesar de todos nuestros defectos, esperamos salir impunes e ilesos de nuestras faltas ya sea por una redención religiosa o milagrosa o porque somos poderosos y nadie nos puede pedir cuentas por nuestros actos por más que le saquemos el corazón o le chupemos la sangre.

Sí, casi todos somos un poco vampiros, incluso los que parecemos más buenos o más probos, y por más que nos esforcemos no podemos negar nuestras funciones fisiológicas, nuestra biología, nuestra emocionalidad y nuestra animalidad, donde no hay ni bien ni mal, ni ética ni moral, sino solo respuesta, hambre, celos, sexo y poder.

Casi todos y cada uno de nosotros somos capaces de violar, matar, destrozarse, herir y gozar con el sufrimiento ajeno sin importar nuestro género, edad, creencias espirituales o ideologías.

Casi todos somos vampiros en potencia, seres malvados que a plena luz del día o amparados por las sombras, siguiendo nuestros instintos o nuestros pensamientos, vestidos de uniforme o desnudos, tenemos la capacidad de asesinar al más débil, traicionar al que nos supera o defenestrar a nuestro hermano.

Solo hace falta que nadie nos vea, que creamos que es correcto lo que hacemos, que se nos prometa impunidad, redención o salvación de nuestros actos y de nuestras culpas. Desde hace unos doce mil años los seres humanos venimos siendo el mismo animal, la encarnación de la necedad y la ignorancia, el afán o deseo de poder, o la sumisión taimada que finge obediencia u ofrece sumisión o complicidad a cambio de riquezas o migajas.

Para contrarrestar nuestras feas debilidades inventamos los valores, que finalmente solo han servido de disfraz y abuso contra los ingenuos y novatos que sí los cumplen o, al menos, lo intentan. Por tanto, los valores no han sido suficientes, por lo que se ha recurrido a la superstición religiosa para contener nuestra animalidad, logrando que el bien sea el espejo del mal y el mal el ejemplo disuasorio de nuestro comportamiento o nuestros más oscuros deseos.

Los vampiros, seres malignos eternos, son solo uno de los mitos y supersticiones que sirven ejemplo negativo e infundado temor para que los buenos no se porten mal, a pesar de que los buenos siempre han sido mayoría; como también han sido una fuerza descomunal de la que se puede echar mano, por ejemplo, haciéndoles creer que matar al vecino es moralmente positivo y está muy bien hecho.

La capacidad de los seres humanos de creer en absurdos falsos y claramente contradictorios es infinita, como lo es la locura de creerse buenos o desear serlo a pesar de todos los pesares.

Solo hace falta el contagio de cualquier creencia para que la masa actúe como una horda de vampiros, porque finalmente serán perdonados y redimidos, e incluso premiados por las atrocidades que hayan cometido.

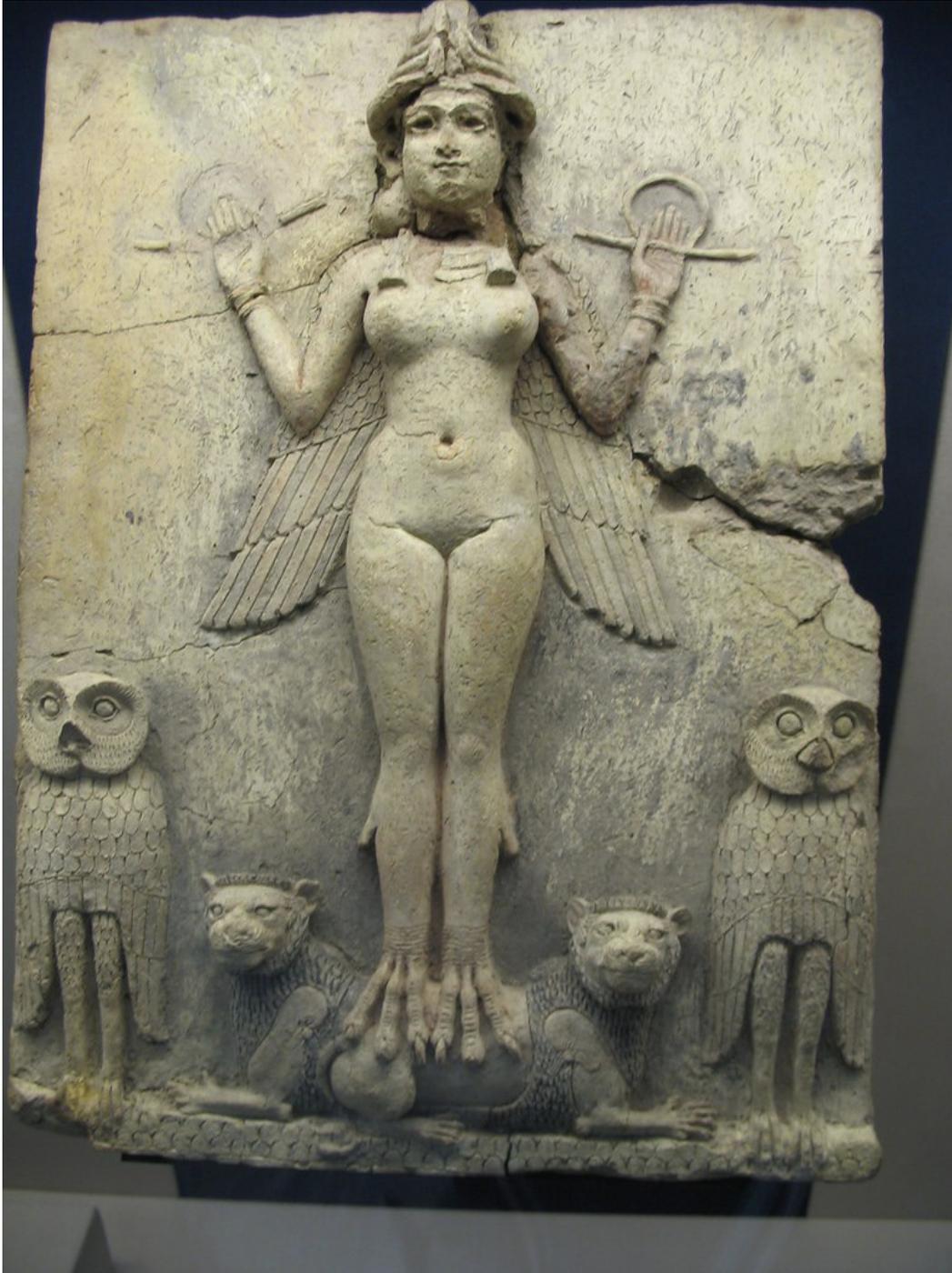
LILITH, LA MADRE DE TODOS LOS VAMPIROS

Antes de que en los textos hebreos se la considerara la primera esposa de Adán, Lilith ya formaba parte de las culturas populares del Mediterráneo

como ejemplo disuasor del mal, en esa constante y tremenda contradicción de que los malos, aunque enemigos de los dioses, castigan a los malos humanos, que también son enemigos de los dioses y, por tanto, deberían ser aliados de los malos para combatir a las divinidades en lugar de ser castigados por otros malos.

Que Satán esté a sueldo de Jehová es del todo absurdo, lo mismo que Lilith atacara a las malas madres y a los hombres disolutos, cuando es lo que ella había hecho para rebelarse y liberarse de las imposiciones patriarcales de la divinidad, Mazda por aquel entonces y Jehová más tarde.

No hay muchos documentos escritos sobre la Lilith primordial que seducía a los hombres, les chupaba los fluidos corporales y los dejaba secos y muertos después de utilizarlos como juguetes sexuales, porque Lilith nace mucho antes que la escritura, lo mismo que los matriarcados de reinas poderosas y terribles que usaban a los hombres como pañuelos desechables para terminar comiéndoselos en horribles rituales que las señoras veían de lo más natural porque los hombres no servían ni para eso.



Lilith (Ishtar o Hécate), madre de los vampiros

Mientras duraron los matriarcados, beber la sangre del pobre hombre que hacían rey por un día tras arrancarle el corazón y prepararlo como plato principal de la cena era de lo más normal y hasta bendecido por Lilith, Écate, Ishtar o Astarté.

Robert Graves se atreve a mencionarlo, aunque solo de pasada y con tacto, en sus *Mitos Griegos*; mientras que Guidens en su *Manual de Sociología* los relata con mayor crudeza, si bien es cierto que los considera falsos o simplemente ahistóricos por carecer de fundamento escrito; algo imposible, porque hasta bien entrado el patriarcado en las civilizaciones europeas, semíticas y mediterráneas no se había inventado la escritura.

Por tanto, es la tradición oral de las culturas populares mediterráneas la que mantuvo a Lilith viva a pesar de estar vetada en la Biblia, y la que le dio el rango de vampiresa y madre de todos los vampiros, aunque la palabra *vampiro* no se haya acuñado hasta el siglo XVII de nuestra era. Porque Lilith no solo arrancaba corazones y bebía la sangre de sus víctimas, sino que también contagiaba a otras mujeres para que se volvieran como ella —rebeldes, independientes, sexuales, poderosas y hasta asesinas si hacía falta—, porque las mujeres eran obviamente muy superiores en estos terrenos a los débiles e ingenuos hombres, los cuales, como los animales, solo servían para cargar y complacer momentánea y esporádicamente a sus amas, las mujeres. Algunos hijos de estas mujeres, a pesar de ser varones, ya nacían con el sello del mal en su sangre: ya eran vampiros, mucho más fuertes y poderosos que el resto de los hombres.

Antes de que se les llamara vampiros, en innumerables culturas del orbe ya había toda clase de nombres y referencias a seres no vivos y no muertos que bebían sangre humana y volaban. Por ejemplo, en Mesopotamia se hablaba de los *utukku* y los *ekimmú*; en Medio Oriente, de los *ghouls* y los *jinn*s; en la Huasteca, de los *chaneques*; y en buena parte de México, y más recientemente, del *chupacabras*, descendiente del *nahual* prehispánico que era entre hombre lobo y vampiro. Pero la referencia más antigua la encontramos en los mitos y leyendas semíticas con los *lilij*s, hijos de la noche o Hijos de Lilith.

Por tanto, la leyenda y mitología de los vampiros nace para buena parte del mundo, y sobre todo en occidente, de la sangre de Lilith, la mujer y diosa que no quiso ser la madre de la humanidad hebrea, la que no aceptó ser la sumisa esposa de Adán en sus distintas vertientes e interpretaciones.

Desde entonces hasta nuestra época el vampirismo se ha difundido y extendido en secreto o de manera abierta, y se le han dado nuevas virtudes y defectos, cualidades y debilidades, dependiendo de la cultura

que los haya contemplado.

La literatura y el cine de los últimos tiempos ha agrandado su figura, donde los mitos y las leyendas de ayer y de hoy se unen y entrelazan formando lo que se conoce como la mitología de los vampiros. Que ustedes la disfruten.